



HOMILÍA DE PABLO VI EN LA PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE LOURDES – ROMA

“*DESPERTAR LA CONCIENCIA CRISTIANA*”

23 de febrero de 1964

Parte 3

El cristianismo se vive en plenitud o se traiciona II

Cada uno de vosotros puede elegir, cada uno de vosotros puede decir: ¿soy o no soy?, ¿sí o no?, ¿quiero o no quiero?, ¿soy cristiano o no?; lo que sí les digo es que no os quedéis a medio camino, no seáis viles, no seáis inseguros, no faltéis a la dimensión de la dignidad humana, si no queréis llegar a la plenitud de la estatura cristiana. Es necesario decidirse; libertad sí, pero también responsabilidad. Y todavía otra característica de esta llamada –porque alguno podrá decir: este llamado es solamente para los que tienen vocación, sacerdotes o religiosas; no hijitos míos–: es para todos, es para todos. Es una llamada a la vida cristiana que es universal, que es para todos.

A los mayores

Yo quisiera tener tiempo, tener tiempo, y decir alguna palabra dulce y seria a los ancianos antes que a nadie, porque han vivido en otros ambientes y en otras formas, porque tienen experiencia de la vida, y decirles a ellos en la edad en que se encuentran: ¿habéis entendido?, ¿os dais cuenta que sólo queda Cristo? Habéis visto caer tantos ídolos, habéis visto desmentidos y olvidados a tantos grandes maestros, habéis visto tantos esfuerzos humanos para darse una sabiduría o una dirección, fallar de mil maneras, y mirad quién queda en pie: el Señor Jesús, ¿lo sabéis?. Y esto mismo quisiera repetirlo a las personas serias y maduras, a las personas que piensan, a los que estudian, a los maestros, a las maestras, a todos: sabed que Cristo es el único que puede conducirnos y que puede guiarnos.

A la familia

Y ahora mi discurso –esperad todavía un poco, tenedme paciencia– quisiera llegar a cada uno de sus hogares y preguntar a cada familia: ¿sabéis lo que es una familia? –¿Cómo *qué cosa es?*... se quieren, viven juntos, etc.– Sabed, familia cristiana, que sois el espejo de la Iglesia de Cristo, del amor que pasa de Cristo a la humanidad, y que deben ser pequeños templos de Cristo. Comprended cuál es la altura de belleza, de amor, de felicidad, a que os llama el Señor, a vosotros, mamá y papá cristianos, a vosotros, hijos, a vosotros, pequeña comunidad cristiana que, con todo, alguna vez se convierte en selvática y neurasténica y que llega a ser infierno más que comunidad de paz, concordia y amor. Yo quisiera llevar mi palabra evangélica a cada casa, a cada departamento y





dejar una palabra de aliento y de concientización: ¡Familia, familia! Recordad que vosotras sois colaboradoras en el designio de Dios, en el Evangelio, sois educadoras, sois las santificadoras, sois cenáculos de caridad y de gracia.

A los jóvenes

Y después mi discurso corre y va a los jóvenes! Y les dice cuánto me complace ver que hay aquí un grupo que responde, que va entendiendo. Vuestra situación, vuestra edad, quizá como nunca en este momento de nuestra historia y de nuestra vida social tiene una misión que cumplir. Si los jóvenes son buenos, si los jóvenes tienen coraje la sociedad será buena, sagrada, santa, e incluso, tal vez, próspera y feliz. Si los jóvenes fallan... ¡No, jóvenes! La llamada es para vosotros, la Iglesia que aquí os cobija y os acoge tiene algo para deciros, tiene una tarea para proponeros: puede potenciar esta capacidad vuestra de idealizar todo lo que hacéis y pensáis. Confiad en este maestro, vuestro párroco, dejasos entusiasmar por los ideales que os propone; sentiréis entonces la fortaleza interior y la alegría de ser jóvenes y de ser cristianos.

A los niños

Y después mi discurso desciende y llega a los niños –Pero ¡cómo perder el tiempo hablando a los niños? ¡No!– El Señor que yo represento dice: *Id a los niños! Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos*; y yo desde esta sede parroquial saludo a todos los niños de esta parroquia, y quiero bendecirlos, y quisiera saludarlos y abrazarlos y decirles que son los preferidos en el Reino de los Cielos y que esta comunidad que se llama parroquia tiene para los niños una ternura que tiene sabor materno e incluso divino. Quisiera –repito– dar a cada una de estas criaturas de Dios, el beso de la paz y de la inocencia y estampar en sus almas la fuerza de mantenerse puras y cristianas durante toda la vida.

A los obreros

Y después, ¿no hay otros? ¡Pero, sí! Está todo el mundo del trabajo; están los trabajadores manuales, los que conocen el cansancio, y que en nuestra sociedad se sienten como en un estado de marginación, considerados, en relación con los demás, como menos preferidos, menos seguros, menos retribuidos... Y bien, sabed, queridos trabajadores, que la Iglesia os ama, sabed que el cristianismo os llama, os defiende, y quiere profundizar en vuestros corazones una sensibilidad espiritual que otros en cambio tratan de descuidar y de sofocar. Trabajadores que sufrís y que esperáis, mirad que la Iglesia es para vosotros. Y, para terminar, yo abro mis brazos y ensancho mi corazón como si fuera el mismo Jesús y les digo a todos: –Venid a mí todos vosotros los que estáis fatigados y afligidos: yo tengo un secreto de consolación, yo tengo una palabra confortadora, yo sé lo que es la vida, yo sé lo que es el amor, yo sé qué es la fatiga humana. Yo tengo un secreto, no mío, sino del Señor Jesús, que ha puesto en mis manos el Evangelio, que tiene una respuesta para todos, y que es una respuesta que no falla: *Venid a mí todos y yo os consolaré.* –**Fin**–

